

LOS LIBROS

IMAGINERO DE LA INFANCIA, por *Lautaro García*.—Editorial Ercilla.

Este libro de Lautaro García es la confesión de un espíritu que se mira a sí mismo en su pasado. Recuerdos desteñidos por el tiempo y vistos a través de la imaginación de un hombre que continúa con el alma fresca de un niño. Desovilla García las emociones que parecían definitivamente aconchadas en el desván de la memoria, hilvanando con ellas un relato palpitante de interés humano, en un juego de palabras y de imágenes, como un prestidigitador que manejara noblemente sus trucos. En plena madurez otoñal, Lautaro García puede darse el lujo de contar sus vagabundeos por la tierra y el espíritu sin caer en lánguidas exclamaciones sentimentales para rematar diciendo, como el poeta, que todo tiempo pasado fué mejor.

Vida materialmente inquieta, como que era hijo de un militar, enfoca sus mejores recuerdos en un agreste rincón sureño, y la casa, y los juegos infantiles, y los amigos del hogar, etc., son revividos a través de la evocación de García. Pero más que los hechos tangibles, son las reminiscencias sentimentales las que le dan a este libro poesía e interés. Ello no significa que las realidades objetivas dejen de interesar. La fiesta criolla, el tipo singular, el paisaje umbrío de la selva austral, la vieja vida militar, adquieren en el relato, consistencia novelesca, vigorosamente realizada por un espíritu sensitivo que supo vibrar finamente, como un artista que recoge la emoción y se identifica con ella.

Los hechos humanos carecen de resonancia si no tienen un punto de contacto con nuestra propia realidad interior. Es el espíritu el que lo ve todo; los ojos sólo miran. Por eso las descripciones de García apenas si podrían ubicarse concretamente en la geografía nacional. Y este es, a nuestro juicio, el mayor valor del libro: dar vida a la naturaleza inerte, en virtud de la emotividad que esa naturaleza suscita en su alma sensible. Por eso, decimos que las descripciones de García no tienen ubicación precisa: son un estado de alma. Citemos la siguiente para corroborar nuestro aserto:

«El paisaje que encuadraba mi ventana, adquiría a mis ojos infantiles un prestigio litográfico; se me adentraba en el espíritu y multiplicaba mis estados de alma con infinitas sugerencias. Envueltos por la vaguedad crepuscular. Los lomajes se curvaban suavemente hacia el horizonte diáfano—cielo de seda de verdes y azules acuosos que denunciaban la vecindad del mar.—Los follajes ocres y verdinegros se agazapaban en las hondonadas, como labriegos alrededor de un humo de hojas: la niebla que se desprendía de la evaporación de la tierra. Unas sendas soledosas, por donde parecía que nunca se había ido nadie, cruzaban el paisaje hasta perderse en recodos que abrían incitantes interrogaciones a la imaginación. Por ellos se podía llegar, seguramente, al país de todos los cuentos. Tras la giba del monte más lejano, aquél que parecía flotar en la niebla, ceñida por una de estas sendas, una iglesia pequeñita—era de cartón a la distancia—empinaba su campanario; un campanario tan minúsculo y frágil que a mí se me antojaba sólo capaz de albergar un nido de golondrinas». (Pág. 64).

Sabe, además, Lautaro García, al evocarnos hechos y personajes—el capitán Vizcarra y doña Deidamia, entre éstos, insuflarles humorismo, mediante un discreto condimento de sal criolla, dándoles a los personajes mencionados relieve de verdaderas creaciones.

La prosa de Lautaro García se identifica con el espíritu de

la obra: liviana como un juego, amena como un relato novelesco, poética como que el hombre distiende sus emociones desvanecidas por la lejanía. Maneja las figuras e imágenes como un diestro jugador de diábolo, ágilmente. Y la nota filosófica la da con un tinte escéptico de hombre sentimentalmente vivido: «Pronto supimos que la felicidad no era más que una palabra vana inventada por los hombres que tienen miedo de vivir y la tristeza una agua turbia en que se sumergen los que no saben soñar». (Pág. 9).

Libro simpático éste, que se lee sin el menor esfuerzo, que nos hace soñar en nuestra propia infancia y que tiene la virtud de no arrugar el ceño, porque lo trascendental y grave están proscritos de esta incursión sentimental a través de una infancia acaso más imaginada que vivida.—MILTON ROSSEL.



SANGRE DE MESTIZOS, por *Augusto Céspedes*.—Editorial Nacimiento.

En un folleto de propaganda escolar, acabamos de leer la siguiente leyenda: «Luchar en la escuela por la infancia es tan heroico y meritorio, como luchar en el campo de batalla». Hacen pensar estas palabras. ¿Por qué ese afán de inculcar desde que el hombre tiene uso de razón, la idea de que una de las más grandes heroicidades consiste en arriesgar la vida en el campo de batalla? ¿No sería mejor que esa comparación, se hiciera con algo más noble y generoso? ¿Más grande y constructivo? ¿No hay en las innumerables actividades de la paz ejemplos más hermosos que infundan en el alma del niño un anhelo que tenga un sentido más fraterno y humanitario?

La guerra, esa terrible locura colectiva, el peor azote de la humanidad, en que el hombre mata al hombre, friamente, es tal vez el único signo de barbarie que ni la civilización, ni el pro-